

Labrousse, Alain. **La droga, el dinero y las armas**. México, Siglo XXI editores, 1993, 461 pp.

En 1990, Afganistán produjo entre 500 y 800 toneladas de opio; Perú, 108 544 de hoja de coca —Bolivia 64 mil y Colombia 33 360. En ese mismo año. México tuvo una producción de 47 590 toneladas de mariguana, mientras que el Líbano produjo mil de hachís.

Estos números pueden ser reales o aproximados, lo cierto es que la producción, tráfico y consumo de drogas —en cualquiera de su modalidad— está en todo el mundo, en todos los estratos sociales y políticos, y que parte de un actor principal: Estados Unidos.

Escudado bajo la bandera del bien común, de defensa contra las drogas, Estados Unidos trata de ocultar que es el principal consumidor de drogas en el mundo —entre 5 y 10 millones de adictos consumieron más de 500 toneladas de cocaína en la década de los ochenta, 20 millones probaron la droga cuando menos una vez— y que tiene que ver siempre con los mecanismos económicos y políticos de la producción y tráfico de estupefacientes a través de la Drugs Enforcement Department (DEA) o la Center Intelligence Agency (CIA). Siempre es la prostituta quien busca hablarnos de moral.

En un extenso trabajo, realizado con base en informes, artículos pe-

riodísticos, entrevistas y viajes por las rutas de las drogas, Alain Labrousse, destacado investigador francés, “casi” pone al descubierto la cara oculta de la producción y el tráfico de drogas.

Creemos que “casi” porque el autor, a pesar de su exhaustivo trabajo, en algunos casos, como en el de las redes mexicanas, se queda con los reportes periodísticos y no va hasta donde uno espera. No obstante, deja en claro el riesgo que corren las instituciones y economías de los pueblos afectados por este mal, y que los poderes públicos, al estar involucrados con las redes de narcotraficantes, también se hacen de la vista gorda cuando sus intereses están en peligro.

Las causas principales de la producción de drogas en países subdesarrollados, por un lado, son la pobreza (es más redituable sembrar mariguana que papas) y la falta de democracia. El discurso ideológico latinoamericano, cuando menos, está muy alejado de la realidad. Perú, junto con Bolivia y Guatemala son países muy pobres y por tanto buscan con la producción de cocaína y mariguana subvencionar algunas de sus carencias económicas. La existencia de movimientos extremistas como el de Sendero Luminoso y su conexión con el narcotráfico demuestra la falta de democracia en nuestros pueblos, en donde a pesar de que ya no hay dictaduras militares, sí hay “dictadu-

ras perfectas” y “blandas”, que en cualquier modo impiden la participación de la sociedad en la toma de decisiones.

En las naciones subdesarrolladas existe un alto grado de corrupción que hace posible el narcotráfico, cuya intensidad involucra a asociaciones filantrópicas (en 1989 fueron hallados 14 kilos de heroína en un jeep del Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas), campesinos, militares, funcionarios y políticos de alto rango y pone en riesgo las soberanías de estas naciones; por el otro, en muchos de los casos las luchas interétnicas, guerras santas y de liberación nacional, ante la carencia de medios económicos para sostener sus movimientos, buscan por este mercado hacerse llegar recursos o armas a cambio de drogas.

Estados Unidos está siempre involucrado: en el pasado reciente, cuando menos en México, provocó el florecimiento de sembradíos de mariguana para abastecer a los soldados de la Segunda Guerra Mundial, “generó” riquezas e intereses económicos. Al término de esta guerra quiso acabar con los sembradíos que ellos mismos crearon. Ya no pudo.

Por otra parte, a Estados Unidos le conviene tener a los pueblos sojuzgados para seguir ejerciendo su hegemonía, e “inventar demonios”, provoca y utiliza los movimientos

sociales, separatistas, guerras santas o revolucionarias de acuerdo a su conveniencia. Si éstos se dan en una nación estratégica para ellos, los defienden si así conviene a sus intereses y acepta, en muchas ocasiones, el intercambio de drogas por armas (caso *Contras* en Nicaragua. En Bahamas el primer ministro estaba relacionado con el narcotráfico pero nunca se hizo nada porque era un lugar estratégico para combatir el régimen de Fidel Castro) o deja fluir, en colaboración con algunos gobiernos, las drogas para minar el espíritu de lucha de los jóvenes; por el contrario, si afecta sus intereses, simplemente lo acaba, como lo hizo en Granada. Panamá e Iraq (Bush, como exjefe de la CIA siempre supo que Noriega lavaba dinero sucio. En Miami están los principales bancos lavadores de dinero proveniente de las drogas).

Durante 10 años, la CIA no hizo nada por evitar que la red sirio-libanesa introdujera toneladas de heroína a Europa ni para evitar que entregara a Líbano, Irán, Iraq y Afganistán armamento por muchísimos millones de dólares.

Si Reagan hubiera mostrado tanto rencor y utilizado tantos medios para combatir el narcotráfico en América Latina igual que lo hizo para acabar con el Sandinismo, los resultados de “su guerra” contra las drogas tuviera otros resultados.

Así, es claro que Estados Unidos sólo obedece a sus intereses estra-

tégicos. La voluntad de defender la democracia y luchar contra el narcotráfico y la corrupción frecuentemente figuran en segundo plano.

Las redes internacionales de narcotráfico están bien identificadas (Triángulo de Oro: Tailandia, Birmania y Laos; Media Luna de Oro; Irán, Afganistán, Paquistán y la India; ambos distribuyen heroína en casi toda Europa, donde un millón de adictos consumen casi 25 toneladas de heroína al año; los cárteles de Medellín y Cali, de Colombia hacen llegar la mayor parte de cocaína a Estados Unidos, junto con Perú y Bolivia; México y Guatemala los surten de mariguana. Nuestro país es su segundo proveedor de heroína), tampoco se desconocen los países productores ni el número de muertes que provoca su consumo (en 1990 fallecieron mil personas en Alemania por causa del consumo de heroína y 1 307 en Ita-

lia) o por la guerra de las drogas, ni que altos funcionarios están involucrados en ellas, unas veces brindando protección otras "lavando" el dinero, pero no se ha acabado la actitud —ni por la misma Organización de las Naciones Unidas— de ignorar qué países, políticos y organizaciones alientan, y aun organizan a escala mundial incluso, el tráfico de estupefacientes.

El autor concluye que si no disminuye el consumo en los países desarrollados, todos los esfuerzos para combatir las drogas están destinados al fracaso y de nada servirá contar con instrumentos jurídicos y medios represivos contra la droga si no se combaten los poderes que la organizan. Pero, sobre todo, creemos, hace falta voluntad política de los gobiernos. JUAN MARCIAL.
